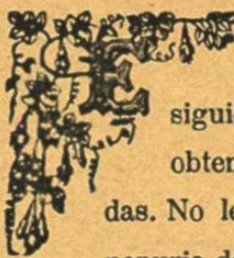




CAPÍTULO VIGÉSIMO

Bonaparte en Italia.

 El cambio de política en el Directorio, motivado por la conspiración de Babeuf, no trascendió á las relaciones exteriores, en las que se siguió pagando tributo al engrandecimiento territorial. Nada de paz, si para obtenerla había que devolver un solo palmo de las provincias conquistadas. No les importaban á los directores los desastres sufridos en el Rin, ni la penuria de la Hacienda, ni el deplorable estado de los ejércitos, desnudos, hambrientos, desorganizados, sin embargo de que ya no eran catorce; habían sido reducidos, por la imposibilidad de mantenerlos, en las proporciones que revela la cifra de veintidós mil oficiales licenciados. Francia quería á todo trance mantener sus instituciones y los territorios anexionados, y en estos términos la paz era imposible, por mucho que la hubiesen deseado las potencias hostiles, Inglaterra, Austria y Rusia. Las cuales no la deseaban, antes se preparaban á desquitarse firmando el veintiocho de Septiembre del noventa y cinco un nuevo tratado de alianza, al que se adhirieron la mayor parte de los Estados del Imperio alemán, Cerdeña, Nápoles y Portugal. La lucha iba, pues, á empeñarse de nuevo entre Francia y Europa, y esta vez con más tesón y encarnizamiento que nunca, por la presencia en ella de un factor nuevo, el general Bonaparte. Hasta aquí se ha peleado por puro amor á la patria y á la libertad; desde ahora, á estos nobles sentimientos se añade un interés bastardo, la ambición personal. Ha habido ciertamente generales traidores, que del campo de la república se han pasado al de la monarquía; mas no ha habi-

do ninguno que haya pensado en hacer de la patria el pedestal de su gloria. Entramos en una fase nueva. La guerra que ahora se traba es el comienzo de esa larga, gigantesca y en ocasiones sublime lucha, que conducirá al Consulado y al Imperio y acabará en la Restauración.

No correspondía la fuerza de la triple alianza á la importancia de las potencias que la formaban, por la diferencia de sus intereses, encontrados en unos puntos, separados por completo en otros. Cada una de las partes contratantes observaba fielmente las cláusulas del tratado hasta donde le convenía, sin perjuicio de acusar á sus aliados de egoístas y desleales cuando seguían la misma conducta. La emperatriz Catalina predicaba la guerra sin tregua ni cuartel contra los jacobinos de París, pero con ánimo de que la hiciesen sus aliados y poder ella dedicarse con toda libertad á llevar á cabo sus grandes proyectos sobre el Oriente. El ministro inglés, por lo contrario, teniendo mil motivos para desear la paz y pudiendo hacerla en condiciones ventajosas, estaba resuelto a seguir luchando mientras pudiese mantener cierto equilibrio entre las potencias de Europa. El gabinete de Viena, más abrumado cada día por las cargas de la guerra, se inclinaba á concluir la paz tan pronto como se le ofreciese en términos aceptables, y mientras tanto, estimaba prudente asegurarse con nuevos esfuerzos el socorro de Londres y el concurso de San Petersburgo. De donde se desprende, que la triple alianza era á modo de colosal gigante, pero de miembros descoyuntados, que costaría mucho esfuerzo poner en movimiento y cuya marcha nunca sería rápida ni segura.

Después de las primeras victorias de Cherfuit y de Wumser en el Rin, Thugut manifestó á los ingleses que la verdadera guerra debería llevarse á Italia, para la que el emperador estaba pronto á poner en pie de guerra doscientos mil hombres, si Inglaterra se comprometía á suministrar los subsidios necesarios. El embajador inglés, Eden, rechazó la proposición, lo que hizo exclamar á Thugut: «He aquí un nuevo orden de cosas que se inaugura; sólo nos resta dirigir la guerra con prudencia, para llegar á concluir pronto una paz honrosa». Imposible averiguar qué entendía Thugut por *condiciones* honrosas. A las preguntas que sobre ello les dirigieron los ingleses, contestó siempre que nada podía decir mientras no se pusiese de acuerdo con el gabinete de Rusia. No se tardó en descubrir sus intenciones. Para continuar la guerra en el Rin, pedía un friolera: dinero á Inglaterra, tropas á Alemania, apoyo á Rusia, y además, la promesa de vastas adquisiciones, como Baviera, Alsacia y tal vez Lorena. Si no se aceptaban estas condiciones, el emperador abandonaría los Estados alemanes á su suerte y enviaría sus fuerzas á Italia. Estas frases nos revelan lo poco que Francisco II estimaba al Imperio. La política de la monarquía austriaca, soberana é independiente, se separaba del Santo Imperio romano, al que sólo apoyaría en cuanto conviniese á sus intereses, sin perjuicio de exigirle el pago de cualquier sacrificio que hiciese para defenderle. El embajador de Austria en

CAPÍTULO VIGÉSIMO

San Petersburgo, el conde Cobentzel, no obtuvo respuesta enteramente satisfactoria á las pretensiones de Thugut. Markoff se limitó á elogiar los proyectos de anexión del gabinete de Viena, y aconsejar que no los diesen á conocer en Londres antes de tiempo. «Nos complacerá, decíale, qué podáis obtener Baviera y la mitad de Francia; pero no es prudente hablar de ello. Clerfait no ha hecho más que rechazar á los franceses, no les ha vencido: seguid nuestro ejemplo, comenzad por tomar lo que podáis; luego diréis lo que queréis guardar. Inglaterra no os lo ha de quitar, y nosotros forzaremos á Prusia á estar quieto. Pero si empezáis por hablar de Baviera, no conseguiréis sino entibiar el celo de Inglaterra».

Mientras tanto, por la traición de Pichegru y la retirada de Jourdan, el ejército austriaco alcanzaba nuevas victorias en el Rhin. En su forzada retirada, Jourdan había ido demasiado lejos, no parando hasta Düsseldorf, con lo que los dos ejércitos franceses quedaron separados por vasto espacio. El general Clerfait, que había logrado reunir el grueso de sus fuerzas entre los dos cuerpos enemigos, atravesó el Rhin por Maguncia, de la que se alejaron los sitiadores, abandonando la artillería y grandes almacenes. A lo menos, Pichegru podía defender á Manheim, cabeza de puente importante sobre el Rhin; mas, lejos de esto, abandonó, sin que se le obligase á ello, las buenas posiciones que ocupaba á la entrada de los Vosgos, y dejó descubierta la plaza, que el enemigo asaltó al punto y tomó el veintidós de Noviembre, haciendo prisioneros á los diez mil hombres de la guarnición. Al frente de Manheim había puesto Pichegru á un general poco conocido y que no pertenecía al ejército del Rhin, lo que dió motivo á que se empezase á hablar de traición. Jourdan, obedeciendo las órdenes de Carnot, se puso á toda prisa en movimiento para salvar la plaza, pero llegó tarde, y él mismo se encontró en situación comprometida, teniendo delante, en la ribera izquierda del Rhin, los dos ejércitos austriacos reunidos, que le separaban del de Pichegru. Lejos de aprovecharse los austriacos de su ventajosa posición, propusieron, el diez y nueve de Diciembre, un armisticio, que el Directorio se apresuró á aceptar.

Estas victorias de Clerfait influyeron favorablemente en el gabinete inglés. El veintidós de Diciembre, el ministro Grenville comunicó á Eden los siguientes extremos: que Inglaterra había ofrecido á Rusia un millón de libras esterlinas al año, si ésta ponía en pie de guerra un cuerpo de cincuenta mil hombres; que esperaba poder realizar, en el plazo de seis á ocho semanas, el empréstito de tres millones de libras pedido por Austria; que visto el deseo de paz en el pueblo francés, estimaba conveniente que los aliados declarasen públicamente que estaban prontos á concluirla, y que caso de mostrarse el Directorio dispuesto á tratar, Inglaterra sólo pondría tres condiciones: amnistía para los realistas franceses, indemnización por los gastos que le hubiere causado la guerra, y restitución de Bélgica al Austria, con la extensión de fronteras que había pedido Thugut. En vista de

estas ofertas, el ministro austriaco no vaciló. Si continuaba la guerra, Inglaterra le ofrecía dinero y algunos distritos franceses; Rusia le prometía favorecer la anexión de Baviera, de Alsacia y de la Lorena, y posible era que, con el socorro de los rusos, adquiriese, cuando se firmase la paz con Francia, Venecia y Bosnia. Accedió, pues; á discutir las proposiciones de Inglaterra con tanto más calor cuanto que el armisticio convenido en el Rhin produjo en Londres deplorable efecto. Contestó que solamente la falta de dinero podría obligar al emperador á limitar sus operaciones en Italia; que no pudiendo contarse con la llegada del cuerpo ruso, Inglaterra debería enviar á Viena el dinero ofrecido á Rusia, y en este caso, el emperador se comprometía á conservar el mismo número de hombres en el Rhin y elevar á cincuenta mil el ejército de Italia; que si Inglaterra se limitaba á garantizar el empréstito, Francisco II no disminuiría el contingente de los ejércitos del Rhin, pero tampoco extendería sus operaciones todo lo que deseaba; en fin, que caso de no realizarse el empréstito, el emperador retiraría sus tropas detrás del Lech y esperaría el curso de los sucesos. Estas declaraciones echaron las bases para un acuerdo completo. Grenville respondió inmediatamente que Inglaterra garantizaría gustosa el préstamo de los tres millones, y unos días después, manifestó que anticiparía mensualmente ciento cincuenta mil libras esterlinas, hasta completar la suma total. Se estaba en el segundo de los casos previstos por Thugut, y en su consecuencia, el emperador desistió de separar un solo hombre de los ejércitos del Rhin, que seguiría siendo el principal campo de batalla, quedando relegada á segundo término la guerra de Italia.

Pero habían de transcurrir meses aún antes de que se reanudaran las hostilidades. Disgustóle á Clerfait, general en jefe de los dos ejércitos austriacos, el que, en Agosto del noventa y cinco, se confiase á Wurmser el mando del ejército del alto Rhin, y este disgusto se agravó y trocóse en ruptura cuando en Diciembre se concluyó el armisticio, cuya responsabilidad se achacaban el uno al otro. Como ambos tenían altos valedres en Viena, la querrela trascendió al seno del gobierno y estuvo á punto de llegar hasta la Dieta de Ratisbona. El emperador la cortó relevando, el seis de Febrero, á Clerfait y nombrando en su lugar al archiduque Carlos, que se había cubierto de gloria en la guerra de Bélgica, y le dió como consejero militar al general Bellegarde, celoso partidario de Wurmser. El archiduque continuó en Viena, con el fin de que su llegada al campamento fuese la señal de la ruptura del armisticio, que continuó en pie por varios motivos. Fué el uno, que Inglaterra persistía en su propósito de publicar un manifiesto á favor de la paz, que había de firmar el Austria. El fin del gobierno inglés era doble: por una parte echar la responsabilidad de la guerra sobre el Directorio; por otra, satisfacer la opinión del pueblo inglés partidario resuelto de la paz, al extremo de que el veintinueve de Octubre, en la ceremonia de abrirse el Parlamento, se produjo un tumulto en las calles de Londres á los gritos de: «¡La paz! ¡La paz!», siendo apedreada la carroza del rey. Thugut estimando

de gravedad suma las consecuencias de semejante manifiesto, se negó á firmarlo, y en tonces el gabinete inglés se decidió á practicar la gestión en su propio nombre. Su embajador en Suiza, Wickham, envió el ocho de Marzo á Barthelemi una nota de Grenville, en la que éste manifestaba que, hallándose dispuestos los aliados á concluir una paz honrosa, deseaban conocer las bases sobre las que Francia entraría en negociaciones. Enterado el Directorio de que la primera condición de los coligados era la restitución de Bélgica, respondió que la Constitución no le permitía enagenar ninguna porción del territorio de la República, debiendo versar la discusión únicamente sobre los países ocupados y no anexionados. En vista de esta respuesta, el archiduque Carlos recibió el tres de Abril la orden de ir á ponerse al frente del ejército, mas antes de que se llegase á denunciar la tregua, surgió un nuevo motivo de aplazamiento. Fué esta vez la noticia de que un importante cuerpo de ejército ruso se ponía en marcha hacia el Cáucaso para dirigirse contra Persia, al tiempo que otros destacamentos se reunían sobre el Dnieper y el Dniester, en calidad de reservas. Realmente, nada había en esto de extraño ni de alarmante; era el comienzo de la realización de los antiguos planes de Catalina sobre el Oriente y que el mismo Thugut había aprobado; pero no eran los actuales instantes apropiados para semejante empresa, y esta circunstancia fué la que sumió al ministro austriaco en hondas inquietudes. «Muy delicado es, sin duda, escribía á Cobentzel el catorce de Marzo, oponerse á una resolución de la zarina; pero se trata de cuestión tan importante que no debemos temer el intentarlo. Puede que Catalina reconozca cuánto más ventajoso le sería ayudarnos primero, por medios diplomáticos y militares, á concluir una paz honrosa con Francia, y dejar para luego el volverse contra los turcos, mientras nosotros tendríamos sujeta á Prusia.» Temía Thugut que si Rusia comprometía sus fuerzas en una lucha con Turquía durante la guerra con Francia, la pérfida Prusia se extendiese inmediatamente por Alemania y dominase todas las negociaciones del Imperio con Francia. «Esto sería fatal para nosotros, escribía; para poder resistir á Prusia, tendríamos que concluir la paz con la República.» Siguió, pues, la tregua en el Rhin, donde los ejércitos enemigos pasaban los días frente á frente é inmóviles como en tiempo de paz. No dejó de contribuir á este aplazamiento la conducta de Pichegru, el cual avisaba á los austriacos, por los agentes de Condée, que estuviesen prontos á caer sobre la huestes de Jourdan y sobre las suyas propias, así que el desorden y descontento de los soldados obligasen al Directorio á romper el armisticio. Ya no se cuidaba Pichegru de disimular su traición. En vez de acantonar sus tropas después de una ruda campaña, las dejaba acampadas en el fondo de los ásperos valles de los Vosgos, en medio del fango y de la nieve, mientras él se entregaba en Strasburgo á vergonzosos desenfrenos con el dinero de los austriacos y de los ingleses. Sus tenientes no podían reprimir su indignación. La palabra traición subió de los campamentos al Directorio. Pichegru, sintiéndose vigilado, ofreció la dimisión, seguro de

que no se osaría aceptarla por el recuerdo de Holanda. Pero se equivocó. Carnot le reemplazó por Moreau, cuyas altas cualidades militares eran por todos reconocidas. Esto pasaba el diez de Abril. El veinte, Thugut declaró al embajador de Inglaterra que había recibido de Rusia la seguridad de sus pacíficas disposiciones para con Turquía, y añadió: «Felizmente la suspensión de los armamentos rusos en el Dniester acaba de confirmar esta noticia.» Al fin, iban á reanudarse las hostilidades en el Rhin; pero, á esta hora, ya Bonaparte había empezado á descargar terribles golpes en Italia.

En el verano del noventa y cinco, los austriacos y piemonteses obtuvieron ventajas sobre las huestes republicanas en la Cornicha, larga cordillera que corre junto al mar, entre la extremidad oriental de Provenza y la entrada de Toscana. El general Scherer, que había llevado su ejército de los Pirineos orientales á Italia, alcanzó, en Noviembre del mismo año, la gran victoria de Loano, que puso en manos de los franceses lo que se llamaba Ría del Poniente, la parte occidental de la Cornicha, entre Niza y Génova. Al volver Carnot á encargarse de la dirección de la guerra, recomendó al general victorioso los planes redactados por Bonaparte, consistentes en bajar al Piamonte, imponer la paz á su rey y ganárselo á la causa de la República, mediante el ofrecimiento del Milanesado. Pero Scherer, capaz de ganar una batalla, no lo era para dirigir un vasto conjunto de operaciones, y el Directorio comenzó á pensar en su destitución. Empujábale á ello con todas sus fuerzas el general Bonaparte, ganoso de ir en persona á ejecutar sus planes, de los que la bajada al Piamonte no era más que el punto de partida. Su posición, importantísima desde el trece de Vendimiario, no era la que convenía á su ambición y su genio. El cargo de general del ejército del interior no daba brillo ni gloria. Lo aprovechó para adquirir influencia y medios de acción, para ganarse el apoyo de los que podían ayudarle á realizar sus aspiraciones de desempeñar el primer papel en la gran campaña que iba á abrirse. Su plan consistía en invadir el Austria con tres ejércitos, de los cuales dos partirían del alto y del bajo Rhin, para unirse en el corazón de Alemania, donde se les incorporaría el tercero, el de Italia, y juntos marcharían contra Viena. Otro ejército quedaría á la defensiva sobre los altos Alpes; el quinto custodiaria la Holanda contra Inglaterra, y el sexto, mandado por Hoche, llevaría, después de la sumisión de la Vendée, la república á Irlanda. Carnot, que veía alborear en Bonaparte un gran capitán, conocedor como ninguno de los Alpes y de los Apeninos, se inclinaba á nombrarle. «Mira que es un aventurero, un ambicioso, le advirtió uno de sus hermanos; traerá la perturbación á la República.» Pero la preocupación militar triunfó. Carnot no vió en aquel altivo joven más que al general del que esperaba grandes servicios; Barras, el primer protector de Bonaparte, se juntó á Carnot, y el mismo Scherer venció la última resistencia de Rewbell, devolviendo el proyecto con la nota de que la ejecución de cosas tan excéntricas sólo debía confiarse á su autor, y ofreciendo la dimisión. El Directorio se la aceptó, y el veintitrés de Febrero nombró á Bo-